

Crónica de Santo Domingo

Víctor Codina

Esta no quiere ser una fría sucesión cronológica de fechas y datos, el día a día de la IV Asamblea de Santo Domingo, al estilo de los boletines emitidos diariamente por el CELAM. Desea ser más bien una crónica testimonial, que busca más que la sucesión diacrónica de los hechos, el recorrido de algunos momentos y temas más significativos. No es un calendario de la asamblea, sino una vivencia de la experiencia eclesial de Santo Domingo.

Pero es una crónica desde fuera del aula a incluso desde fuera del recinto de la casa San Pablo, donde se celebró la IV Asamblea.

Visitantes no esperados

Lo primero que me llamó la atención al llegar al aeropuerto de *Las Américas* de Santo Domingo, el día 9 de octubre, fue el constatar que los nombres de los que íbamos a Santo Domingo como asesores teológicos oficiales de las conferencias episcopales (en mi caso, de la boliviana) no estábamos en la lista de visitantes esperados por el CELAM. Eramos unos visitantes no esperados (y tal vez no deseados). Sólo esperaban a los obispos, a los delegados, a los peritos y a los invitados, nombrados o aprobados por Roma. Los asesores de las conferencias episcopales nunca tuvimos acceso ni al aula, ni al recinto de San Pablo, protegido siempre por soldados armados. Tampoco pu-

dieron entrar los asesores personales de algunos obispos.

Entre los peritos invitados había laicos como el Dr. Enrique Iglesias del Banco Interamericano de Desarrollo, teólogos del Instituto Secular Schönstatt como J. Allende, del Opus Dei como J. I. Saranyana, de los Legionarios de Cristo como J. García González, de la Secretaría de Estado como F. Javier Lozano, junto a otros de centros y universidades latinoamericanas como P. Bigó, Julio Terán, Francisco Merlos, L. Fernando Peixoto, María Rita Perillier, etc.

En la lista de los superiores generales aparecían los de los agustinos (M. A. Orcasitas), jesuitas (P. H. Kolvenbach), salesianos (E. Viganò), legionarios de Cristo (M. Maciel Degollado), Hijas de la Caridad (J. Elizondo), trapenses (B. Olivera), capuchinos (F. Carraro)..., pero no aparecían los de los dominicos y los franciscanos, los primeros evangelizadores de América Latina y de tanta tradición en la Iglesia de Santo Domingo.

El Papa en Santo Domingo

El 9 de octubre por la tarde llegó el Papa y fue recibido por el presidente Balaguer y su gobierno. El viejo presidente, ciego, dirigió al Santo Padre un largo discurso de memoria, que este escuchó con visibles señales de cansancio. La recepción

papal fue un tanto fría por las grandes medidas de seguridad, que impidieron el acceso del pueblo al aeropuerto.

La agenda papal, aunque reducida, fue intensa: eucaristía en la catedral para sacerdotes y religiosos, misa en el Faro de Colón, encuentro con el cuerpo diplomático en la nunciatura, misa en el santuario de la Virgen de Altagracia, solemne discurso de apertura de la IV Asamblea Episcopal Latinoamericana, encuentros con indígenas y afroamericanos, con obispos y fieles de Haití. Y todavía le quedó tiempo para visitar un hospital de niños y bendecir un seminario de los neocatecumenales.

De todas sus actividades, la más conflictiva fue la misa en el Faro, verdadera obra faraónica del gobierno de Balaguer, que ha tenido no sólo un alto costo económico (90 millones de dólares), sino un alto costo social: desalojo inhumano de miles de familias que vivían en aquella zona, levantamiento de un "muro de la vergüenza" para proteger el monumento y "adecentar" la ciudad. El pueblo dominicano se halló ante una encrucijada: el amor al Papa y la denuncia de un atropello injusto. Muchos fieles no asistieron a la misa papal como protesta, no contra el Papa, sino contra el gobierno. Hubo cartas abiertas al Papa en los diarios, como la de Luis Oraa (en *El siglo*, el 3 de octubre), en la que le pide al Papa que cuando lea su mensaje grite fuerte para que le puedan escuchar los que están al otro lado del muro: "Vocéanos fuerte, pero sobre todo haz que sintamos tu corazón cerca de los más pobres y oprimidos".

En los demás mensajes y homilias del Papa, apareció de nuevo su constante preocupación por los pobres, por la defensa de los derechos humanos, por la solidaridad entre los pueblos. Pidió perdón a los indígenas y afroamericanos por los abusos cometidos hace quinientos años, y exhortó a los obispos de la IV Asamblea a que el anuncio claro del evangelio de Jesucristo Salvador llevase a la promoción humana, a una opción irrevocable por los pobres y a la inculturización del evangelio en las diversas etnias. Por lo demás, sus enseñanzas resumían los grandes temas de su pontificado,

tal como han ido apareciendo en sus encíclicas y documentos: *Redemptor hominis*, *Laborem exercens*, *Libertatis conscientiae*, *Libertatis nuntius*, *Redemptoris missio*, *Centesimus Annus*. Podemos decir que si Puebla estaba todavía bajo el pontificado de Paulo VI, Santo Domingo refleja claramente las inquietudes y el magisterio del pontificado actual de Juan Pablo II.

Los hoteles de los obispos

Uno de los aspectos más llamativos fue la instalación de los obispos y cardenales en los lujosos hoteles turísticos de la ciudad. Era un espectáculo extraño, "surrealista" en expresión de una profesora brasileña, ver a los obispos de América Latina en hoteles de cinco estrellas, entre turistas, artistas, empresarios, ejecutivos, gente del *jet set* que iba al casino o a desfiles de modas... Los pobres obispos parecían perdidos en el lobby del *Hotel Lina*, del *Sheraton*, del *Santo Domingo*, del *Embajador*, o en las suites del *Hispaniola*. Un obispo brasileño, Azcona, pidió a la asamblea dejar el hotel, pues lo consideraba un escándalo. Pedían vivir en casas religiosas (como las de los participantes laicos y religiosos que residían en la casa de retiro de *Manresa*). Cuando un grupo estaba decidido a hacerlo, al final surgieron dificultades y los obispos continuaron en sus hoteles, protegidos por las recepcionistas del CELAM y por la policía dominicana que los vigilaba continuamente.

Se rumoreó de una amenaza de secuestro por parte de Sendero de algún cardenal o algún obispo. Lo cierto es que los obispos se desplazaban por la ciudad en grandes autobuses precedidos por motoristas o *jeeps* de la policía tocando sirenas, y no podían salir de sus hoteles sin avisar a dónde iban. Los cardenales llegaban siempre en automóviles acompañados de un edecán militar.

Más allá de lo pintoresco del conjunto, la dispersión de los obispos en diferentes hoteles dificultaba la relación entre las diferentes conferencias episcopales y la relación de éstas con sus asesores. Para contactar con los obispos teníamos que acudir a su llegada o a su salida de San Pablo, o irlos a visitar a sus hoteles en el tiempo de descanso del mediodía o por las noches. Los mismos

obispos estaban sometidos a un ritmo vertiginoso y agotador de asambleas viajes, reuniones, comisiones, viajes... Esto no dejaba de influir en su psicología y estado de ánimo.

Un reglamento rígido

Tras el discurso del Papa del día 12, el 13, la asamblea comenzó a sesionar presentando el reglamento y la dinámica de trabajo. La presidencia de la asamblea estaba formada por los cardenales Sodano (secretario de Estado), Nicolás de Jesús López (arzobispo de Santo Domingo y presidente del CELAM) y monseñor Serafín Fernández de Araujo, arzobispo de Belo Horizonte. Los secretarios generales eran dom Raymundo Damasceno Assis (secretario del CELAM) y monseñor Medina (Chile), nombrado por Roma. A diferencia de Medellín y Puebla, los representantes del Vaticano estaban directamente presentes en la presidencia.

El reglamento también concedía plenas facultades a ésta, sobre todo en lo referente al nombramiento de las comisiones de coordinación, redacción, jurídica, de elaboración de mensajes. En este punto, los obispos manifestaron su deseo de participar en los nombramientos de las comisiones, sugiriendo algunos nombres. Fue aceptado. Digamos que el presidente de la comisión de redacción fue dom Luciano Mendes de Almeida, quien jugó un rol muy importante en Santo Domingo, como ya lo había jugado en Puebla.

Pero la disputa mayor fue en torno al eventual documento final: ¿debía ser documento o serían conclusiones? La cuestión no era puramente verbal. Documento significaba que la asamblea elaboraba su texto el cual, aunque sería presentado en Roma, era de la asamblea. Conclusiones significaba que la asamblea no producía su texto, sino que era como un sínodo consultivo del Papa, para que éste luego publicase su propio documento, como en los sínodos romanos. Si a esto añadimos que cuando un obispo dijo que hablaba en nombre de su conferencia episcopal, la presidencia le replicó que allí sólo estaba a título personal, se comprenderá que algo de fondo se estaba jugando.

La IV Asamblea ha vivido una constante ten-

sión entre dos concepciones eclesiológicas diferentes. Una, representada por la Comisión de América Latina (CAL), que pretendía una centralización por parte de la curia romana y otra, representada por los obispos de América Latina y de alguna manera por el mismo CELAM, que defendía la autonomía y legitimidad de las conferencias episcopales a nivel nacional y continental como ejercicio de la colegialidad episcopal.

Como dijo el cardenal Ivo Lorscheiter en una rueda de prensa, Santo Domingo deseaba ser una asamblea no romana, sino latinoamericana, es decir, proseguía dom Ivo, ejercitar el principio de la subsidiaridad, que ya fue proclamado por Pío XII. Y todo ello dentro de la comunión católica y fiel obediencia al Papa. Sin embargo, a lo largo de toda la asamblea las presiones del grupo de la CAL y la curia fueron muy fuertes. Si en el Vaticano II se tuvo la impresión de que la periferia había dominado al centro, en Santo Domingo uno saca la impresión contraria.

Cuatro ponencias magistrales

En la presentación de la dinámica de la asamblea, los obispos cuestionaron mantener las cuatro conferencias magistrales que aparecían en el programa. Pedían que se les entregara el texto por escrito, para así ganar tiempo. Sin embargo, la presidencia desestimó la petición. Las cuatro conferencias fueron pronunciadas por monseñor E. Karlic (Argentina) sobre "Jesucristo, ayer, hoy y siempre", por monseñor L. Moreira Neves (Brasil) sobre "Nueva evangelización", por el padre J. L. Alemán, S.J. sobre "Promoción humana" y por el Dr. Juan de Dios Vial Correa sobre "Cultura cristiana".

Sin entrar ahora en el contenido de las cuatro conferencias (muchos obispos y cardenales durmieron plácidamente en algunas de ellas...), es importante destacar su sentido en el proceso de Santo Domingo.

La preparación hacia Santo Domingo fue larga, desde que el Papa anunció hace nueve años este evento. Como ayuda para las diferentes iglesias se publicó el texto *Elementos para una reflexión pastoral*, que obligó a un largo trabajo en las ba-

ses eclesiales, recogido en la *Relatio prima*. Luego el CELAM publicó el documento de consulta, que también fue reflexionado en los diferentes países y sus aportes críticos fueron recogidos en la *Relatio secunda*, realmente muy rica y valiente. Más tarde, el CELAM emitió el documento de trabajo, en orden a la misma asamblea, más pobre que la *Relatio secunda*, pero con elementos positivos.

Pues bien, en Santo Domingo, ninguno de estos materiales ha entrado en consideración oficial. Y en lugar de ellos, ha habido cuatro conferencias magistrales para orientar la opinión de los obispos. Sólo la ponencia de Alemán hizo alusión al documento de trabajo. ¿A qué se debe esta preterición? ¿Es casual o más bien es un reflejo más de la tensión eclesiológica que atravesaba la asamblea de Santo Domingo? ¿Con qué criterio se escogió a estos ponentes y no a otros? Además de todo ello, estas ponencias supusieron la inversión de un tiempo precioso que luego al final de la asamblea se sintió faltar.

El trabajo en comisiones

Desde el día 14 se pidió a la asamblea un elenco de temas para ser estudiado en comisiones especializadas de trabajo. La asamblea habló sobre muchos temas y luego la comisión de coordinación presentó un elenco de los principales, que fue aprobado por la asamblea. Desde entonces se comenzó a trabajar en treinta comisiones especializadas sobre los temas siguientes: preámbulo, realidad histórica, santidad en la Iglesia, profetismo, familia y demografía, comunidades eclesiales, parroquia, Iglesia particular y movimientos apostólicos, vida consagrada, ecumenismo, diálogo interreligioso, sectas y nuevos movimientos religiosos, celebración, los laicos en la Iglesia y el mundo, el ministerio ordenado: obispos, comunión pastoral, formación permanente de sacerdotes, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas y la formación en los seminarios y casas religiosas, la Iglesia misionera hacia adentro y hacia afuera, lo ético, la niñez, la adolescencia y la juventud, la mujer, el trabajo, las migraciones y la movilidad humana, la pobreza y el empobrecimiento, economía, el nuevo orden internacional, la economía de mercado, la tierra, la ecología, la de-

mocracia, Iglesia-Estado, la integración latinoamericana y mundial, los derechos humanos, la unidad y pluralidad de las culturas: las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas, educación, secularización e indiferentismo, la nueva cultura (modernidad, postmodernidad) y la cultura suburbana, la comunicación social y la cultura.

Los obispos trabajaron en las comisiones en las que ellos mismos se habían anotado. Este trabajo se realizó fuera del espacio de San Pablo, en la Universidad Católica Madre y Maestra, lo cual supuso nuevos desplazamientos y pérdida de tiempo.

De nuevo aquí constatamos algo sorprendente: el trabajo previo realizado durante años, el mismo documento de trabajo, no contaba. Se partía de cero, había que elaborar nuevos temas, formar nuevas comisiones, donde los obispos y demás participantes debían comenzar a elaborar nuevos textos. Pero a pesar de todo, los obispos trabajaron a gusto en sus comisiones y los sacerdotes, laicos y religiosos participaron activamente.

Otro dato que no pasó inadvertido a los observadores es que la línea más curial se concentró en las comisiones de tipo teológico y eclesial, concretamente en la del proemio, en la de historia y en la de vida consagrada. Los miembros de esta última dirigieron más tarde una carta a la presidencia quejándose de la pobreza del aporte de la comisión, que no reflejaba la vida religiosa de América Latina. Entre los firmantes de esta carta estaba el mismo monseñor Héctor Julio López Hurtado, delegado pontificio para la CLAR. La comisión primera sobre el proemio se constituyó *de facto* en una especie de comisión teológica de toda la asamblea.

Se aprueba un esquema de documento

Dom Luciano Mendes de Almeida, un jesuita carioca, que después de haber tenido muchos cargos de docencia y responsabilidad en su orden, fue elegido obispo y actualmente es presidente de la conferencia episcopal del Brasil, presentó una hábil encuesta a los obispos para que se manifestasen sobre el tipo de documento que deseaban y sobre un esquema posible. Se trataba de un docu-

mento cristológico, que comenzaría con una profesión de fe y que articularía los temas de las comisiones bajo los lemas de la IV Asamblea.

El esquema general constaba de cuatro partes: (1) Jesucristo, evangelio del Padre (las comisiones del proemio y de la historia se agruparían bajo este primer capítulo); (2) Jesucristo, evangelizador viviente en su Iglesia —bajo el signo de María— (aquí se agruparían las comisiones en torno a la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana); (3) Jesucristo vida y esperanza de América Latina (trataría de las opciones pastorales prioritarias) y (4) plegaria de América en el horizonte escatológico.

La encuesta fue aprobada, sea por el prestigio personal de dom Luciano, con fama de inteligente, prudente y santo, sea porque esto les dio a los obispos seguridad. Al mismo tiempo quedó aprobado que se tendría un documento final (no simples conclusiones). Pero la pregunta es quién elaboró este esquema de documento y por qué no se discutió más ampliamente.

Visita a las parroquias dominicanas

Los domingos los obispos visitaron varias parroquias de la ciudad y del interior. Estuve con los obispos brasileños dom Mauro Morelli y dom Angélico, que visitaron en la parroquia de Guachupita, la zona de la Ciénaga.

La capital dominicana produce la impresión de riqueza y abundancia, de grandes carreteras, mucho tránsito vehicular, mansiones señoriales, comercio lujoso, hoteles turísticos, paseos junto al mar... Pero sus barrios son de una pobreza y hacinamiento inhumanos.

La Ciénaga, es un barrio pobre, junto al río, con orden de desalojo. Allá la comunidad cristiana de San Martín de Porres preparó a los obispos un sociodrama donde se reflejaba la situación del barrio: hambre, corrupción, falta de vivienda y de seguridad, problemas de salud y educación... Luego pidieron a los obispos que hiciesen llegar a la IV Asamblea sus inquietudes, sus esperanzas, su clamor de gente pobre y sencilla, de gente desocupada, despreciada, tratada como basura, que apoyasen las comunidades eclesiales de base... Y les

agradecieron su visita: por primera vez un obispo los visitaba...

Los obispos dom Mauro y dom Angélico reconocieron en el pueblo de la Ciénaga el mismo rostro sufrido del pueblo de sus diócesis brasileñas: rostro con hambre, curtido, triste, envejecido prematuramente... y con gran cariño acogieron las peticiones de esta comunidad y se comprometieron a llevarlas a la asamblea. "Ustedes nos evangelizan, aprendemos más hoy que en muchos días de conferencias magisteriales en la asamblea. Coraje, en ustedes está el Señor..."

La crisis del 22

De repente, en la asamblea cundió un cierto malestar y los obispos comenzaron a tomar conciencia de la situación real de los trabajos. La primera redacción del proemio cristológico era muy criticada por los obispos y se introducen 700 enmiendas o modos. El trabajo de la comisión sobre la historia fue rechazado por la asamblea. Los obispos casi no tuvieron tiempo para leer las redacciones que les presentaron las comisiones y sobre las que había que votar párrafo por párrafo. Había descontento e inquietudes sobre el estilo de documento que se estaba produciendo. Algunos abogaron por un texto mucho más breve, sin repeticiones innecesarias. Otros no deseaban acortar. La presidencia se reunió y dom Luciano nuevamente actuó como conciliador: dijo a la asamblea que si deseaba un texto más corto y más impactante. Dom Luciano pidió una especie de voto de confianza o de bendición para que la comisión de redacción pudiera realizar las modificaciones necesarias en el texto. Se entró en tiempo de receso. Hubo una votación preguntando si estaban de acuerdo con un texto más reducido: 117 sí, 5 no, 11 *iuxta modum*. La asamblea aplaudió. Por la noche hubo una hora santa en la capilla del seminario por el éxito de la IV Asamblea.

¿Se superó la crisis? ¿Fue positivo este voto de confianza a la comisión de redacción o dom Luciano fue "utilizado"? El texto fue reducido drásticamente y en muchos aspectos muy empobrecido, sobre todo en la parte de promoción humana. Únicamente la comisión sobre la familia no fue abreviada, ¿casualidad o influjo de López

Trujillo?

Mientras tanto, dom Luciano repitió su frase famosa *Deus e grande, meu irmao*.

La petición de perdón

Desde el comienzo, un grupo de obispos deseaba que hubiese un acto público de petición de perdón por los pecados cometidos en la conquista y primera evangelización. Algunos proponían un ayuno penitencial. Pero siempre había resistencia. Unos decían que el Papa ya había pedido perdón a los indígenas y afroamericanos en su encuentro con ellos. Otros criticaron la mitología del paraíso indígena y de los quinientos años de resistencia. Incluso alguno dijo que los indígenas debían pedir perdón por haber matado misioneros. Otros temían que las sectas manipulasen este acto de perdón. La propuesta de una eucaristía solemne de perdón en la catedral halló dificultades de parte del mismo cardenal de Santo Domingo.

En este clima tenso, apareció la noticia de que el Papa, en la audiencia del miércoles 21, en Roma, había dicho que la Iglesia no cesaba de pedir perdón a los indios y esclavos negros por las injusticias cometidas durante la colonización. El texto del discurso papal fue repartido en su edición oficial italiana. Entonces, ya nadie se atrevió a negarse a pedir su perdón. Se decidió que en la eucaristía ordinaria del viernes 23 se pediría perdón. Presidió la eucaristía el cardenal Suquía de Madrid. Hubo peticiones de perdón, pero la homilía resultó genérica y abstracta. Los dos cardenales de la presidencia no asistieron a la eucaristía. Los asistentes invitados (periodistas, laicos...) quedaron desilusionados e incluso escandalizados. Alguien comentó: parece más sensible a la problemática indígena y negra la academia sueca que la Iglesia.

Tampoco se aprobó que Rigoberta Menchú, premio Nobel de la Paz, pudiera visitar la asamblea. Los obispos de Guatemala le envían un mensaje de felicitación: "En Ud. vemos justamente reconocido el valor de millones de hombres y mujeres indígenas... Ud. tiene una enorme responsabilidad histórica, porque también representa a los millares de guatemaltecos que sellaron con su san-

gre la búsqueda de la justicia y la paz".

Algunos obispos se adhirieron firmando un texto de felicitación. Otros, en cambio, presentaron la propuesta de una adhesión a la madre Teresa de Calcuta. Las dos mujeres representan dos estilos diferentes del testimonio cristiano.

Mientras tanto, grupos de base dominicanos lanzaron la idea de una eucaristía de petición de perdón para el martes 27, en la plaza Bartolomé de Las Casas, junto al convento de los dominicos, donde resonó el célebre sermón de Antón de Montesinos. Los obispos fueron invitados. Pero el cardenal de Santo Domingo les advirtió que no se dejasen manipular por una convocatoria que tenía intereses que no eran evangélicos. La plaza, a las ocho de la noche, se llenó de cristianos de los barrios populares, concelebraron sacerdotes negros, había un sacerdote indígena, algunos dominicanos y algunos españoles. Llegaron también dos obispos ligados con los negros e indígenas. Se comenzó escuchando el sermón de Montesinos que todavía tiene actualidad. Mientras, miembros de la policía secreta interrogaban a unos asistentes a la ceremonia. ¿Quién los ha enviado? Las comunidades de base leyeron una carta a la IV Asamblea:

Somos los más pobres de la Iglesia de Dios, quiere decir los que en estos quinientos años hemos cargado con la mayor explotación, es por ello que esperamos que la nueva evangelización denuncie las situaciones que niegan a Dios, que nos oprimen y nos arrebatan el don de la vida y que anuncie la buena nueva de Jesús: el reino de Dios preñado de justicia, amor, igualdad, solidaridad, fraternidad y paz(...) Esperamos que refuercen la opción por los pobres(...) Esperamos que impulsen los procesos participativos al interior de nuestra Iglesia. En especial el de las mujeres, son mayoría, que tomen parte más activa. También esperamos mayor participación en las tomas de decisiones de los jóvenes, campesinos y negros(...) Rogamos al Espíritu, fluya en la IV Conferencia y los ilumine en sus reflexiones para que nuestra Iglesia latinoamericana salga fortalecida.

Se pidió perdón a los negros, a los indios, a las

mujeres, los descendientes de los blancos se arrodillan, había emoción, experiencia de una Iglesia viva, evangélica, reconciliada.

El servicio de prensa

En el *Hotel Dominican Fiesta* estaba instalado el servicio de prensa del CELAM para esta asamblea. Miles de periodistas acreditados llenaban sus salones. Pero los boletines de prensa oficiales resultaban insulsos y poco expresivos, lo mismo que muchas ruedas de prensa, demasiado oficialistas. Muchos periodistas escribieron una carta exigiendo la presencia de algunos obispos en las conferencias de prensa. El veterano periodista Gary Mc Eoin que cubrió la información del Vaticano II, Medellín y Puebla, se quejó amargamente de la mala relación de las autoridades eclesásticas con la información. Más información daban los servicios alternativos como los Servicios Especiales de Comunicación, Amerindia Información, etc.

Hacia el final de la conferencia se multiplicaron las intervenciones episcopales, las comunicaciones, las ruedas de prensa y las informaciones. El cardenal Arns de Sao Paulo, en un debate televisivo con empresarios, postula una economía de participación y más socializada y por una ética solidaria; se sabe que en la oración de la asamblea, tanto Mons. Bambaren (Perú) como Mons. G. Flores (Guatemala), evocaron la memoria de Mons. Romero; los economistas y sociólogos Javier Iñiguez (Perú), Javier Gorostiaga (Nicaragua) y L. A. Gómez de Sousa (Brasil) hablaron de las tendencias y las alternativas a la situación sociopolítica actual de América Latina; Mons. Luna (Ecuador) y Mons. M. Camino Vial (Chile) reconocieron el valor de la teología de la liberación para la Iglesia de América Latina; Mons. J. Terrazas (Bolivia) desafió los dogmas de la economía neoliberal; Giancarlo Zizola (Italia) publicó sus reflexiones sobre la tensión entre el área neoconservadora y la de la Iglesia de los pobres en Santo Domingo; Mons. M. Morelli (Brasil) pidió gran apertura para los ministerios en la Iglesia; la teóloga y madre de familia Ana María Tepidinho (Brasil) expuso su opinión sobre la mujer...

El vértigo de los últimos días

El tiempo corrió con rapidez y no parecía alcanzar para todo el trabajo que restaba todavía. Se estudiaron las propuestas de opciones pastorales. Aparecieron como las más constantes los pobres, los laicos, la vida y la familia, la evangelización de la cultura. Se rechazaron los cuatro mensajes presentados y se pidió unificar todo en un sólo mensaje; se rechazó un mensaje especial para las familias. Hubo una nueva redacción de todo el texto. Se introdujeron textos alternativos en la promoción humana y muchas correcciones. Miles de modos inundaron las mesas de la comisión de redacción. Aumentó el número de los redactores. Se elaboró el mensaje, se redactaron las opciones prioritarias que quedaron concretadas así: laicos, jóvenes, pastoral vocacional, catequesis, liturgia, opción por los pobres, vida y familia, cultura urbana, culturas indígenas y afroamericanas, acción educativa, comunicación moderna. Todavía hubo nuevos modos.

Se citaron entre pasillos (la información oficial de la prensa fue muy deficiente) algunos de los autores principales de algunas partes del documento: el proemio estuvo a cargo de Mons. Antonio Moreno y Maximino Arias (ambos de Chile), la historia quedó bajo la dirección de J. I. Saranyana del Opus Dei (España), la nueva evangelización de Octavio Ruiz, de la Doctrina de la Fe, la promoción humana a cargo de Ovidio Pérez (Venezuela) y la cultura cristiana en manos de Lozano.

El día 28, antes de la misa de clausura, se aprobó el texto definitivo sin votos en contra, Son 84 páginas, más el mensaje final. El cardenal Sodano se comprometió a que el Papa lo firmase en quince días. La eucaristía en la catedral clausuró el evento eclesial.

Los obispos se dispersaron, el aeropuerto se llenó de obispos cargados con sus textos, una imagen de la virgen guadalupana, sus regalitos dominicanos. En Miami todavía compraron juguetes para sus sobrinos y algún recuerdo para sus amigos. Luego los aviones los fueron dispersando a todas las partes de América Latina.

Líneas de fondo del documento de Santo Domingo

No es fácil resumir en pocas palabras cuáles son las líneas de fondo del documento en su versión actual, pero a través de todo este largo recorrido ya pueden adivinarse algunos de sus acentos.

La línea teológica dominante, expresada en el proemio, la historia y la nueva evangelización, y también en las introducciones, refleja una teología diferente de la latinoamericana de estos últimos años. Aparece una teología más bien deductiva, abstracta, desencarnada, poco atenta a la historia. El método de ver, juzgar, actuar, ha desaparecido totalmente del documento. Se comienza con la iluminación teológica, luego se pasa a los desafíos y opciones pastorales.

Esto tiene consecuencias en todos los campos: la cristología está más centrada en textos paulinos que en los sinópticos y corre el riesgo de ser incluso fundamentalista. Alguien comentaba que hubiera sido más coherente escribirla en latín.

La eclesiología hace de la Iglesia el centro de todo, con riesgo de un eclesiocentrismo claro. Es como el Faro de Colón, decían algunos, que todo lo ilumina, pero que parece que no tiene que recibir la luz de nadie. Está más cerca de la eclesiología de nueva cristiandad que de la eclesiología del pueblo de Dios. Desde esta óptica se comprende que todo el tema de la nueva evangelización tenga una impronta de conquista y dominación muy fuerte, como si se tratase de una nueva cruzada. Esto se manifiesta en el poco espíritu ecuménico. Estuvieron a punto de excluir de las comisiones a los invitados no católicos.

La pneumatología está muy identificada con la Iglesia y sobre todo con su jerarquía, como si el Espíritu no se hubiera derramado sobre toda carne. La misma noción de reino está muy debilitada. La ausencia de pneumatología afecta tanto a la cristología (con riesgo de cristomonismo) como a la dimensión trinitaria.

Hay como un deseo de silenciar temas y hechos que estos últimos años han marcado la vida de la Iglesia latinoamericana: la lectura popular de la Biblia, el resurgir de las comunidades eclesiales

de base, el martirio, el caminar de la vida religiosa, la teología de la liberación. Incluso el mismo Antiguo Testamento apenas aparece en todo el texto.

Parece que se quiere volver a una teología más tradicional, más segura, menos sospechosa, sin mediaciones, más espiritual, más ligada al tema de la reconciliación que al de la liberación, que desaparece totalmente. Como dijo el cardenal Quarrachino, la teología de la liberación ya ha pasado.

Esta línea teológica refleja el momento eclesial presente, que se manifestó en todo el proceso de preparación de Santo Domingo, del cual forma parte la misma intervención de la CLAR.

Sin embargo, quedarse aquí sería miopía. Aun siendo verdad todo lo anterior, el documento es de gran riqueza y abre grandes perspectivas en todo el campo inmenso de la promoción humana y la cultura. La opción por los pobres se reafirma e ilumina toda la nueva evangelización, siguiendo el ejemplo de Jesús.

No se trata solamente de decir que los temas de los pobres, migrantes, mujeres, economía, derechos humanos, trabajo, democracia, culturas indígenas y afroamericanas interpelan a la Iglesia desde el punto de vista social y cultural, sino que estos mismos capítulos poseen una teología implícita muchas veces y explícita otras, de gran profundidad.

Formulado de otra forma, no es lo mismo la cristología que el seguimiento de Cristo, no es lo mismo la eclesiología que la vida de la Iglesia, no es lo mismo la pneumatología que la vivencia y experiencia del Espíritu.

Si hasta ahora en Medellín y Puebla había una cierta coherencia entre la vivencia del seguimiento de Jesús en América Latina y la cristología, entre la experiencia de Iglesia y la nueva eclesiología, entre la nueva espiritualidad y la pneumatología, ahora hay un cierto hiato: la experiencia y la praxis eclesial sigue siendo rica, hay mártires, la vida religiosa vive momentos evangélicos, hay comunidades de base y una nueva espiritualidad, aunque esto no se refleje en los textos. Santo Domingo es más que un documento escrito, y el do-

cumento mismo es más rico, como sucedió ya en Puebla, en capítulos concretos que en la parte teológica oficial.

Por otra parte, las opciones pastorales, aunque dispersas, recogen la línea de Medellín y Puebla sobre la opción por los pobres, que se mantiene como opción evangélica que todo lo ilumina. Desde la promoción humana y la cultura hay que releer todo el documento.

Novedad de Santo Domingo

¿Dónde residiría lo nuevo de Santo Domingo? Evidentemente, no es nuevo que se parta de la fe, ni que Cristo sea el centro, aunque en Santo Domingo este punto quede más explicitado y profesado. No es nueva la opción por los pobres, ya afirmada en las asambleas anteriores. Lo nuevo es que estos pobres son vistos con nuevos rostros: empobrecidos, excluidos, jóvenes sin futuro, niños perseguidos, mujeres, trabajadores, migrantes, indígenas y afroamericanos, pueblos sin tierra y con los derechos humanos conculcados. Todos ellos son nuevos actores sociales en nuestro mundo de hoy, víctima del neoliberalismo.

No es nuevo que la Iglesia deba evangelizar, lo que sucede es que aparecen nuevos sujetos eclesiales: los laicos, los jóvenes, las mujeres, los indígenas y afroamericanos, la familia. Pero hay una casi total identidad entre los nuevos actores sociales pobres y los nuevos sujetos eclesiales. Esto significa que los mismos pobres comienzan a ser sujetos de la Iglesia y que está emergiendo la Iglesia de los pobres, soñada por Juan XXIII y pedida por Juan Pablo II.

Esta pluralidad de rostros y sujetos implica que

la acción eclesial debe incorporar la dimensión cultural. No basta hablar del "pobre" hay que hablar del "diferente". La cultura se convierte en algo importante en la nueva evangelización. No bastan las meditaciones socioanalíticas, es necesario incorporar las culturales y antropológicas.

A nivel eclesial, en Santo Domingo se reafirma, implícitamente, la importancia de las iglesias locales y de la misma colegialidad latinoamericana que sale reforzada. Se ha celebrado una asamblea latinoamericana, no un sínodo romano.

Seguramente la experiencia eclesial de Santo Domingo ha sido mayor que la reflejada en el documento conclusivo. El mensaje final de Santo Domingo evoca el pasaje de Emaús, que simboliza la experiencia de esta IV Asamblea. Los obispos, como los dos discípulos de Emaús, regresan a sus iglesias locales con más esperanza en la fuerza del Espíritu, con mayor ardor en sus corazones, confirmados en la fe por sus mismos hermanos obispos y por el obispo de Roma, especialmente por los pobres, con una inculturación del evangelio a las diferentes culturas.

Santo Domingo puede ser leído y "recibido" en las iglesias locales desde una praxis ya existente. Santo Domingo hace tiempo que ya comenzó y el proceso debe seguir adelante.

Los fieles de sus iglesias recibirán con un corazón alegre todo lo propuesto por Santo Domingo, con una penetración que va más allá de unos esquemas teológicos concretos. La fe de los fieles es más sabia que los labios de los obispos, decían los padres de la Iglesia. Y San Hilario de Poitiers escribía "los oídos de los fieles son más santos que los corazones de los sacerdotes" (PL 10, 613).